

la voz de los jilgueros...no hay auroras con estrellas, allá, en las auroras, las aves cantan. Yo vine de allá, tu belleza era otra: cómo miraban tus ojos...” (Carta de JMA a Celia, 1938); hacen evidente el esfuerzo de José María y Celia por sustraer a amigos y familiares de los conflictos de pareja; resaltan la integridad personal de Celia, quien ya divorciada de Arguedas y aún después de su muerte, autorizó, generosamente, la publicación de su obra a editores extranjeros: “Creo que lo más importante para la obra de un escritor es que ésta se difunda en todos los países y es mi decisión colaborar en ese sentido...” (Carta de Celia Bustamante a Homero Castillo, Universidad de California, mayo de 1970)

Las notas explicativas sobre personas y situaciones con que Carmen Pinilla acompaña la publicación se nutren de su reconocida trayectoria como estudiosa de José María Arguedas, así como de entrevistas a familiares y amigos, sin perder nunca de vista la cuidadosa tarea de quien publica documentos de índole privada. Sus comentarios se organizan en torno a varios ejes temáticos: la relación de José María con Celia y Alicia, los sentimientos propios de esta relación, el proyecto de vida que los unió, la relación de la documentación con el trabajo literario y antropológico del escritor peruano.

Con respecto al aporte de la documentación sobre la literatura arguediana, hay menciones insoslayables: la correspondencia entre Arguedas y Enrique Congrains (1959) explicita sus respectivas concepciones sobre la novela; la biocronología redactada por el propio Arguedas (1955) en la que confirma la decisiva influencia de Víctor Hugo, Dostoievski, Gorki en su formación literaria; los poemas bilingües, escritos presumiblemente en 1962. En cuanto al campo de las Ciencias Sociales, los documentos traslucen su cercanía a renombrados investigadores de la época, tanto peruanos como europeos.

Los documentos que la socióloga Carmen María Pinilla presenta en esta ocasión desbordan la relación entre Arguedas y las hermanas Bustamante Vernal. Abren nuevas líneas de indagación sobre la obra arguediana. La relación de José María con la intelectualidad cusqueña, por ejemplo. De todos modos, es justo reubicarnos en el objetivo principal que animó la publicación. Como dice el antropólogo Alejandro Ortiz Rescanieri, amigo de la familia, Alicia y Celia “cuidaron, disfrutaron y sufrieron a Arguedas”. Ellas y su círculo de amigos y compañeros colaboraron en la maduración y universalidad de la obra arguediana. Y aún más, contribuyeron en cimentar *formas de mirar* desde el pensamiento visual americano.

Silvia Graziano

*Mónica Marinone – Gabriela Tineo (coords.). *Viaje y relato en Latinoamérica*. Buenos Aires: Katatay, 2010. 338 p.

-¿De dónde es usted? [...] -De Puerto Rico. [...] -Eso lo ve hasta un ciego. [...] -Pero ¿de qué pueblo de Puerto Rico? Con una naturalidad que asusta, equivalente la sonrisa a la más triunfal de las marchas, la vecina de asiento me contesta -De Nueva York.

Luis Rafael Sánchez, *La guagua aérea*.

I. El libro *Viaje y relato en Latinoamérica*, en tanto obra, se nos ofrece en una cuidada y estética edición llevada a cabo por las investigadoras Mónica Marinone y Gabriela Tineo, conocidas por sus estudios de literatura y cultura latinoamericanas. En tanto texto, usamos términos barthesianos, el conjunto de ensayos en este volumen reunidos nos invita a experimentar, en la carne propia de la lectura, diversas escenas del “viaje” mencionado en su título.

Viajes en el tiempo, si atendemos a los períodos abarcados en las diferentes contribuciones. Así, de la mano de José Alves de Freitas Neto y su recuperación de las crónicas de Fray Bartolomé de las Casas viajamos a los tiempos de la Conquista y a la caída trágica del mundo indígena americano. El arco que va de los tiempos de la Independencia argentina a la invención de la Nación propia del Centenario, en los artículos de Néstor Cremona y Carola Hermida respectivamente. Por su parte, Rosalía Baltar nos invita a recrear experiencias concretas de viajeros del XIX desde el epistolario del arquitecto Carlo Zucchi a lo largo de sus desplazamientos desde Italia a Montevideo y Buenos Aires, hasta su regreso y que abarcan los gobiernos de Rivadavia y Rosas. De ahí, al Chile de Pinochet mediante el estudio de Hernán Morales sobre la novela *Tengo miedo torero* de Pedro Lemebel, pasando por el momento histórico de entresiglos cuando Puerto Rico pasa de ser colonia española a formar parte de

los territorios estadounidenses abordado por Gabriela Tineo en su trabajo “Pasajeros imperiales”, por brindar sólo algunos ejemplos.

Viajes por los géneros discursivos: crónicas, crítica cinematográfica, relatos, ensayos, cartas, cuentos, novelas, poesía y, además, entre dichos géneros: del periodismo al cuento (caso Noriega Hope por Miriam Gárate), del cuento al ensayo (caso José Luis González por Malena Rodríguez Castro); por los lenguajes: los murales de Rivera (Julio Ramos), el cine (Gárate), la fotografía (Tineo); por las lenguas: portugués, inglés y, desde ya, los modismos, olvidos y recuperaciones de lo que genéricamente conocemos como el castellano o, si se quiere, el español, como ahora se la nombra, hasta el collage en que estalla el texto de Luis Rafael Sánchez, el célebre “La guagua aérea” que abre el volumen.

Viajes, en fin, por la heterogeneidad de la escritura de los diferentes colaboradores que en sus acercamientos y divergencias van configurando un entramado cuyo punto convocante es el asedio a la noción de viaje y sus vecinos desplazamientos, migración, tránsito, partida, llegada, diáspora y, por qué no, también residencia.

II. Abrimos esta reseña con una cita de *La guagua aérea* como epígrafe. ¿Cómo conjugar identidad y espacio?, se pregunta James Clifford en *Itinerarios transculturales*, al evocar culturas como aquellas que pueden ser estudiadas etnográficamente tanto en el Caribe como en Brooklyn. Desde una de las matrices innegables del relato, desde lo antropológico, desde los diversos testimonios históricos, el viaje se nos muestra como un tema fascinante y como una problemática insoslayable a la hora de pensar las culturas. En este caso, Latinoamérica con su Descubrimiento, su Conquista, las migraciones desde Europa a nuestras tierras y, en los últimos años, del regreso de muchos de los descendientes de aquellos europeos a España e Italia, principalmente, hacen del estudio de las huellas de los viajeros y la reflexión sobre el viaje como modo de ser en el mundo una necesidad imposible de dejar de lado a la hora de abordar seriamente su literatura, su historia, en fin, su cultura.

La construcción de imaginarios sigue senderos que, a modo de detective, indaga Marinone respecto del caso particular del río Orinoco. Signados por la visión paradisíaca de Colón, los relatos de viajeros van sumando capas a tal imaginario hasta llegar a la interesante estación que presupone *El soberbio Orinoco* de Julio Verne, el popular escritor decimonónico que nunca salió del continente europeo y hasta América viajó solamente sobre mapas y bitácoras. En ese marco y a partir del análisis de cuatro artículos de poca circulación, Marinone muestra en “Platillos en el Orinoco” la contribución de Alejo Carpentier a ese conflictivo imaginario al tiempo que arroja nuevas miradas sobre la categoría de lo *maravilloso* mediante la consideración de lo insólito.

¿Cómo no detenernos en el desplazamiento que va de la vida a secas a los relatos sobre lo vivido, es decir, del hecho de viajar al de escribir sobre el viaje? En “El viaje, de la práctica al género” Beatriz Colombi recorre definiciones, tropología, topos y tópicos, la estructura episódica y las características del narrador y protagonista del género discursivo en cuestión que, a su vez, lo ponen en contacto con la novela autobiográfica.

“La dimensión temporal de la condición humana hace de la vida un viaje” dice Víctor Bravo al comienzo de “De la naturaleza del viaje”. Este artículo cierra el volumen y eso ha sido, a nuestro juicio, una decisión acertada de las coordinadoras de esta publicación. Decimos esto porque el trabajo de Bravo nos brinda una suerte de ontología del viaje (de la cuna a la tumba, de la salida de sí hacia lo otro) que no desdeña el recorrido histórico por sus matrices canónicas tanto en el campo de la cultura occidental como en la específica de Latinoamérica.

III. En síntesis, la convocatoria de investigadores de Brasil, Puerto Rico, Venezuela, Estados Unidos y de diferentes universidades de la Argentina y el amplio espectro de escritores estudiados, entre los que citamos a Ricardo Rojas, Domingo F. Sarmiento, Alejo Carpentier, Rosario Castellanos, Edgardo Rodríguez Juliá y Pedro Lemebel, amén de la diversidad de lenguajes y géneros abordados desde la problematización del viaje, como hemos señalado antes, hacen de este volumen un serio y atractivo aporte al conocimiento de la cultura y literatura en Latinoamérica. En tal sentido, una vez más Marinone y Tineo evidencian su voluntad de establecer redes (de estudiosos, puntos de vista y reflexiones así como de centros universitarios de investigación) ya anunciada en sus dos publicaciones internacionales previas; nos referimos a *Grabar lo que se desvanece. Narrativas de la memoria en América Latina* (2007) y *Escrituras y exilios en América Latina* (2008). A modo de despedida, ofrecemos esta cita: “El tiempo pasaba, los viejos imperios caían y otros nuevos tomaban su lugar. Las relaciones de clases habrían de cambiar antes de que yo descubriera que lo importante no es la calidad de las mercancías ni la obtención de utilidades sino el movimiento;

no el lugar donde uno está o lo que posee, sino de dónde viene uno, adónde va y el ritmo según el cual llegará allí” (C. L. R. James, *Beyond a Boundary*).

María Coira

* Antonio José Ponte. *Corazón de skitalietz*. Posfacio de Teresa Basile. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2010, 140 p.

* Antonio José Ponte. *Las comidas profundas*. Posfacio de Adriana Kanzepolsky. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2010, 68 p.

Las reediciones recientes de dos obras importantes del escritor cubano Antonio José Ponte (n. en 1964) debe ser motivo de celebración para el lector argentino, ya que sus obras o son difíciles de conseguir o sólo se consiguen en ediciones que resultan caras en nuestro contexto. El motivo de celebración, además, debería ser doble debido a que estas reediciones aparecen acompañadas por dos excelentes posfacios —Adriana Kanzepolsky discute *Las comidas profundas*; Teresa Basile analiza en detalle el libro de relatos *Corazón de skitalietz*. Ambos posfacios ayudan a desentrañar las líneas fundamentales de cada uno de los libros y así permiten aprehender no sólo la singularidad de Ponte como escritor en el contexto cubano del „período especial“, básicamente un período de extrema escasez y necesidad económica que ha definido el *pathos* cubano característico del período post-soviético, sino también las razones por las que Ponte debería ocupar un lugar de excepción en el contexto de la literatura latinoamericana. Ambos libros, por otro lado, son la mejor compañía posible para *La vigilia cubana. Sobre Antonio José Ponte*, la excelente colección de ensayos acerca de su obra que Teresa Basile compiló para Beatriz Viterbo Editora en 2009. Es de esperar entonces que cada uno de ellos lleve a la lectura de los otros, que los inquietantes relatos de *Corazón de skitalietz* o la dimensión poética y extrañamente narrativa del ensayo sobre la escasez que representa *Las comidas profundas* lleve a la lectura de los ensayos sobre Ponte y despierten aún más el interés de los lectores por la importante obra de este escritor cubano.

La imagen de autor de culto de Ponte ha sido cuidadosamente cultivada por él mismo a partir de la publicación de una serie de obras en ediciones de corta tirada en Cuba y en el extranjero —como en el caso de *Las comidas profundas* publicada en Francia— y que incluso a veces parecieron difundirse más fácilmente en la traducción de Cola Franzen y Dick Cluster en *In the Cold of Malecón & Other Stories* (incluye los cuentos de *Corazón de skitalietz*). La singularidad de Ponte como escritor está marcada por una equidistancia que lo separa por igual de la retórica inflamada de la gesta revolucionaria y del carácter proliferante, multicolor, celebratorio con que se asocia la imagen mercantilizada *for export*, pero también mágico-realista, del Caribe. Esto, sin embargo, no lo vuelve un escritor crudo. En realidad, Ponte también está igualmente alejado de la desesperación saturada de una zona de la literatura del “período especial” que alcanzó gran impacto y de la que Pedro Juan Gutiérrez es una figura emblemática. Es esta distancia que Ponte establece en su obra con lo inmediato, lo que le prestó un aura particular, de esteta irreductible, al no dejar de lado nunca la contención emocional que parece emanar de una escritura que al carecer de estridencias y exabruptos mantiene siempre un equilibrio que no se puede desvincular de la sensación de despojamiento que producen sus historias y su economía expresiva. Ponte está muy alejado incluso de la densidad lingüística del neobarroco cubano y reniega de experimentar con las posibilidades de una verbosidad desbordante. En cambio, la limpieza y aparente sencillez de su estilo no permite el desahogo sentimental y habría que adjudicarle a la desesperanza, más que a la desesperación, la calidad casi metafísica de la reflexión que lo acompaña en sus obras, sin importar el género en el que se desempeñe. Es este sentido reflexivo, sumado a la consistencia de una voluntad de estilo muchas veces destacada por la crítica, lo que le presta a la obra de Ponte una unidad característica que lo hace inmediatamente distintivo.

Hay una especie de porosidad en el ejercicio de los distintos géneros, que parecen prestarse mutuamente estrategias y formas de articulación, y *Las comidas profundas* es un excelente ejemplo en este sentido. Así lo entiende Adriana Kanzepolsky en su posfacio al señalar “el arranque de novela” que marca la escena inaugural —que constituye además una escena de lectura— de *Las comidas profundas* y que representa simplemente una de las muchas inserciones narrativas que enriquecen la escritura ensayística de Ponte. Kanzepolsky analiza los procedimientos fundamentales y las operaciones constitutivas de la discursividad de Ponte, desestimando los contrastes fáciles en los que podría caer una lectura apresurada.